

tú el que ayudaste á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy mismo, para que aprendan otros en tí á ser mas cautos y avisados.» Y sin tener en cuenta sus buenos y largos servicios, le mandó decapitar en el acto en el patio mismo del alcázar; y no satisfecho todavía, hizo encerrar en una torre y confiscar sus bienes á sus dos hijos Omar y Ahmed, walies de Jaen y de Ubeda. Profundo sentimiento causó aquella muerte á todos los caballeros y jefes musulmes, porque era Haxem por sus altas prendas querido de todos (1).

Hecho esto, reunió de nuevo sus banderas, y partió él mismo á Toledo con su guardia, llevando consigo á su hermano Abdallah, el mas esforzado, dicen, y el mas sabio de todos los hijos de Mohammed. A él encomendó el sitio de Toledo, y él se dedicó á la persecucion de los rebeldes y sus auxiliares con un cuerpo volante de caballería escogida. Mas de un año pasó sosteniendo diarias escaramuzas y reencuentros con partidas rebeldes, en que logró algunas parciales ventajas. Un dia recorriendo el país con algunas compañías de sus mas bravos caballeros, descubrieron en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Almondhir, dejándose llevar de su natural ardor, y sin reparar ni en el número ni en la ventajosa posición de los contrarios, los acometió con su acostumbrado arrojo, y aun los hizo al pronto cejar. Mas luego repuestos circundaron por todas partes á los caballeros andaluces, que envueltos en una nube de lanzas perecieron todos, incluso el mismo Almondhir, que cayó acribillado de heridas. Así acabó el valeroso Almondhir Abu Alhakem en el segundo año de su reinado. Fué su muerte en fin de la luna de Safar, año 275 (888), y reinó dos años menos unos dias. Era Almondhir valeroso guerrero, sereno en las batallas, en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de otros caudillos inferiores, y su tienda solo se distinguía por la bandera de las de otros walies.

Abdallah su hermano partió inmediatamente para Córdoba. Encontró ya el mejuar reunido para deliberar sobre la elección de emir. Entró Abdallah en el consejo y á su presencia levantáronse todos, y unánimemente le proclamaron emir de España sin restricciones ni reservas: nuevo testimonio de la libertad electiva que conservaban los árabes, puesto que Almondhir habia dejado hijos, aunque jóvenes. Inauguró Abdallah su gobierno mandando restituir la libertad y la hacienda á Omar y Ahmed, y llevando mas adelante su generosidad, repuso á Omar en el cargo de walí de Jaen, y nombró á Ahmed capitán de su guardia. Tan noble comportamiento le granjeó el afecto y los aplausos del pueblo, pero disgustó á los príncipes de su familia, y muy particularmente á su hijo Mohammed, walí de Sevilla, resentido de Omar y Ahmed por cosas de amorsos y galanteos juveniles. Preparábase Abdallah á partir á Toledo para proseguir la guerra contra el pertinaz Ben Hafsin, cuando recibió aviso de haberse levantado ya en Sevilla su hijo Mohammed, en union con sus dos tíos, hermanos del emir, Alkasim y Alasbag, apoyados por los alcaldes de Lucena, de Estepa, de Archidona, de Ronda y de todos los de la provincia de Granada. El nuevo emir, sin mostrarse por eso turbado, encargó á su hijo Abderrahman que negociase por prudentes medios la sumisión de su hermano y de sus tíos, y él se encaminó á Toledo considerando siempre como el enemigo mas temible al hijo de Hafsin.

Comienza aquí una madeja de guerras y sediciones en todos los ángulos del imperio hispano-musulmíco, una complicacion tal de escisiones y luchas entre las diferentes razas y tribus y entre los príncipes de una misma familia, que el Mediodía y centro de España semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destrucción.

No habia llegado Abdallah á dar vista á Toledo, cuando le fueron noticiadas dos nuevas insurrecciones, en Lisboa la una, en Mérida la otra. Para sofocar la primera envió con una flota equipada en Andalucía al vazir Abu Otman. A reprimir la segunda marchó él en persona con cuarenta mil hombres. El rebelde cadí de Mérida Suleiman ben Anis se echó á los

(1) Conde, cap. 68.

piés del emir, y puso su cabeza sobre la tierra, dice la crónica. Abdallah le otorgó perdon en gracia de su talento y juventud, y en consideración á los servicios de su padre. Seguidamente volvió á Toledo, donde se empeñó en una serie de parciales combates con el sagaz Ben Hafsin. Entre tanto las gestiones amistosas de Abderrahman con su hermano y tíos, habian sido de todo punto infructuosas. Mohammed ni siquiera se dignaba contestar á las atentas cartas de su hermano. Antes bien habia atizado el fuego por los distritos de Granada y Jaen, y los walies puestos por el emir, reducidos á sus fortalezas, se veían aislados en medio de la general conflagracion. Ben Hafsin no se descuidaba en añadir leña al fuego, y enviaba al valiente Obeidalah ben Omiad á impulsar y organizar las masas rebeldes que infestaban aquella tierra. Hasta las tribus semi-nómadas de los oscuros valles de la Alpujarra abandonaban sus rústicas guaridas para engrosar las filas de unos ú otros combatientes. No quedó quien labrara los campos, ni se pensaba sino en pelear. No habia rincon de Andalucía en que no ardiera la guerra civil.

Necesitábase todo el corazon de Abdallah, necesitábase un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Hasta en la capital misma fermentaba el espíritu de sedición, temiase un golpe de mano de Mohammed, y por consejo de Abderrahman tuvo que acudir su padre con preferencia á preservar la capital, sin que otra noticia satisfactoria en medio de tantos disgustos recibiera que la de haber vencido Abu Otman al rebelde walí de Lisboa y á sus secuaces, de cuyo triunfo recibió el parte oficial que acostumbraban á enviar los árabes, á saber, las cabezas cortadas de los sublevados. En cambio el agente de Ben Hafsin, Obeidalah, se habia unido con Suar, que mandaba siete mil rebeldes, y con Aben Suquela, que tenia á sueldo seis mil hombres, árabes y cristianos. El caudillo imperial Abdel Gafir habia sido derrotado, cautivados él y sus mejores oficiales, y encerrados en las fortalezas de Granada. Con esto se extendieron los rebeldes por todo el país, ocupando á Jaen, Huescar, Baza, Guadix, Archidona, y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, apoyados en una imponente línea de fortificaciones (889).

Desesperado salió ya Abdallah de Córdoba con la caballería de su guardia, jurando, dice el historiador de los Omniadas, no volver hasta exterminar aquellas taifas de bandidos. Con esta resolución se entró por tierra de Jaen y avanzó hasta la vega de Granada (890). Saliéronle al encuentro Suar y Aben Suquela apoyados en Sierra Elvira: brava y recia fué la pelea; doce mil rebeldes perecieron, entre ellos el caudillo Aben Suquela: Suar cayó herido del caballo, cogiéronle unos soldados del emir y presentáronle á Abdallah, que en el momento le hizo decapitar (2). No se desanimaron los rebeldes con tan rudo golpe; pero tuvieron el mal tacto de elegir por caudillo á Zaide, hermano del poeta guerrero Suleiman, guerrero y poeta él tambien, que mas arrojado que prudente cometió la temeridad de salir de Granada, cruzar la vega y provocar á las tropas del emir en los campos de Loja, precisamente donde podia maniobrar la caballería real: de modo que fueron pronto lastimosamente alanceados sus peones y regados con su sangre aquellos hermosos campos. El mismo Zaide, despues de haber hundido su lanza en muchos pechos enemigos, tuvo al fin que rendirse. Abdallah, faltando á su natural generosidad, ordenó con la crueldad de la desesperacion que un verdugo le abrasase los ojos con un hierro candente, y despues de tres dias de agudísimos dolores y tormentos mandó que le cortaran la cabeza. Por resultado de esta campaña las tropas del emir ocuparon á Jaen, y recobraron á Granada, Elvira

(2) El poeta Suleiman que seguia á los rebeldes y habia celebrado los anteriores triunfos de Suar, dedicó á su muerte estos sentidos versos:

De Suar se quebró la espada—en esa de Sierra Elvira,
La espada que á las hermosas—de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias—daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba—á gente noble y baldía...

Conde, cap. 62.

y muchos de los torreones alzados en las llanuras del Darro y del Genil (1).

Los restos de las destrozadas huestes se retiraron á la Alpujarra, donde aclamaron por jefe á un ilustre persa, señor de Medina Alhama de Almería (2), llamado Mohammed ben Abdeha ben Abdelathif, conocido en las historias granadinas por Azomor; el cual, mas cauto que sus antecesores, se limitó á guarnecer castillos, y á hacer desde las inaccesibles sierras de Granada, Antequera y Ronda la guerra de montaña tan propia para cansar y fatigar al enemigo. Así fué que Abdallah hubo de retirarse á Córdoba para no gastar en una guerra sin brillo las fuerzas que necesitaba para empresas mas urgentes.

Si próspera y feliz habia sido la campaña de Elvira y de Jaen, no lo fué menos la de su hijo Abderrahman en Sevilla. En pocos dias quitó á su hermanito esta ciudad y la de Carmoña, y continuando su persecucion, y habiéndose empeñado á poca distancia de la primera una batalla en que pelearon de una y otra parte todos los mas nobles y principales caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Mohammed y su tío Alkasim. A ambos los hizo curar con esmero: á ambos los encerró en una torre de Sevilla, donde Alkasim vivió como olvidado, y donde Mohammed murió en 895, no sin sospechas de que su muerte hubiese sido mas violenta que natural. Lo cierto es que la voz popular designó á este infortunado príncipe con el dictado de *El Mactul*, que quiere decir el asesinado; y un niño que dejó de cuatro años llamado Abderrahman fué conocido siempre con el nombre de «el hijo del Mactul.» ó *el hijo del asesinado*. Este tierno huérfano habia de ser despues el mas ilustre de la esclarecida estirpe de los Omniadas.

Con esta felicidad se iba desembarazando Abdallah de aquel enjambre de rebeliones, no restándole al parecer mas enemigos musulmanes que Ben Hafsin y Azomor. Pero mil enconados odios quedaron por consecuencia de tan complicadas guerras y encontrados intereses. Retábanse entre sí los walies y caudillos rivales, y se asesinaban en las calles mismas: así por personales resentimientos veía el emir perecer no pocos de sus bravos y útiles servidores. Otra calamidad vino por aquel tiempo á aumentar la turbacion en que se hallaba el imperio musulmíco. Padecióse en el año 285 de la hegira (897 de J. C.) tal esterilidad y carestía, y siguióse un hambre tan terrible, que al decir de las historias musulmanas, «los pobres se comían unos á otros; y la mortandad de la peste fué tal que se enterraban muchos en una misma sepultura, sin lavar los cadáveres y sin las oraciones prescritas por la religion, y no habia ya quien abriera sepuleros (3).»

Por fortuna de Abdallah, mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Mohammed, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Léjos de turbarse despues esta buena inteligencia entre el príncipe musulmán y el cristiano, un suceso vino luego á estrecharla mas, y dió ocasion al Omniada para mostrar que sabia corresponder á la religiosidad con que Alfonso habia cumplido lo pactado, en unas circunstancias en que hubiera podido convertir las discordias intestinas del imperio sarraceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Beni-Omeyas.

Habia en el partido de Caleb ben Hafsin un general ilustre, de la misma familia, dicen, de los Omniadas, llamado Ahmed ben Moawiah, por sobrenombre Abul-Kassim, que sin duda por algun resentimiento contra los suyos se habia pasado al bando rebelde. Este Abul-Kassim, á quien Ben Hafsin tenia confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso,

(1) Ben Alabar, Ben Hayan, in Casiri, tom. II.—Conde, c. 61 y sig.

(2) *Alhama*, baños: *Medina Alhama*, ciudad de los baños.

(3) Conde, cap. 63.—La frecuencia con que las historias arábicas nos hablan de años de esterilidad, de sequía, de hambres y pestes, de mortandades y estragos, nos permite sospechar que haya en ello algo de hipóbole, pues de otro modo apenas se concibe cómo entre tan continuadas guerras y tan repetidas plagas no se despobló muchas veces el imperio, y principalmente la Andalucía.

hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberies de Africa que trajo á sueldo, llegó á reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que habia acaudillado nunca ningun jefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole, que se hiciese musulmán ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulmán por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones musulmícas y cristianas.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenían mal guardadas las fronteras, refugiáronse á Zamora, desde donde pidieron auxilio á sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pronto como se encontraron empeñó un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro dias. Arrollaron al fin los cristianos á los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo en ellos los cristianos gran carnicería, en la que cayó tambien envuelto Abderrahman ben Moawiah, walí de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella célebre batalla *el día de Zamora* (901 de J. C.) (4).

Motivo fué este triunfo de Alfonso para que se renovara y se estrechara mas la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo; que á ambos soberanos aprovechaba y convenia mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsin, á quien miraban uno y otro como el mas temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo, como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsin en el corazon mismo de sus dominios; mas habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejara, y conociendo por otra parte las dificultades que le oponía la fuerte posición de la ciudad, volviéose á Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedicion y con la gloria de haber sido el primer monarca cristiano que se habia atrevido á acercarse sus banderas á los muros de la antigua corte de los godos (902).

Por el contrario, la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuracion y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas á omitir su nombre en la chotba ú oracion pública, como si fuese un musulmán excomulgado, y en Sevilla propasáronse á aclamar el nombre del califa de Oriente. Su mismo hermano Alkasim, acaso libertado de la prision por los disidentes, predicaba abiertamente que no debia pagarse el azaque ó diezmo á un mal creyente que lo empleaba en combatir á los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasion con enérgica entereza; hizo prender á Alkasim, que al poco tiempo murió envenenado en la prision, y desterró de Sevilla á algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsin ni dormido ni ocioso. Desde Bailen, donde se hallaba de incógnito, espíaba las discordias y bandos que agitaban la corte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como maniéro y astuto, halló medios de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsin de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazara en el trono imperial á los Beni-Omeyas. Una casualidad dió al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habian publicado contra el emir habia

(4) Sampir. Chron. n. 14.—Roder. Tolet. De reb. in Hisps. gest.—Conde, cap. 64.

llamado la atención una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cañi revolucionario de Mérida, Abdallah ben Albaga, que por haberse postrado á los piés de Abdallah había obtenido su perdón. Llevado ahora á su presencia, «Por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis beneficios han caído en bien ingrato terreno! A fe que no merecía de tí estos vituperios, ó sean alabanzas, que para mí lo mismo valian siendo tuyas; y pues tan poco te aproveché en otro tiempo mi benignidad y mansedumbre, ahora debería darte á gustar el rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil doblas, y si mas hubieras cargado *al asno*, mayor y de mas precio sería la paga (1).» Abochornado Suleiman, y «puesta la cara, dice la historia, á los piés del emir,» le pidió perdón, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiración, y le reveló la astucia de Ben Hafsun en Córdoba; mas este, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, según después se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido allí y acosado por el vazir Abu Otman, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso después encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fué nombrado capitán de los esclavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal rigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsun, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se había ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguía la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religion y al gobierno interior de su Estado, y cuando parecía que debería reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino á acibarar los últimos dias de su existencia y de su glorioso reinado. Tenia Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernandez, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiración encaminada á arrancar la corona de las sienas de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Así hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiración indefinible todos sus hijos, y lo que es mas incomprendible aun, su misma esposa, sin que la historia nos haya revelado las causas de este extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho (2) para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prision á García, y apoderándose de los castillos de Alba, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrueces, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso había levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el reino cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverian sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podía dejar de serle querida, convocó á toda su familia y

(1) Conde, cap. 65.—Romey traduce: «preparate á recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso,» tomando por paga del emir lo que según el texto arábigo era multa al poeta.

(2) Conténtase el arzobispo don Rodrigo con decirnos que la reina amaba poco á su marido.

á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años había llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos (3).

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de Leon, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar mas adelante, como dictado de honor, el título de rey (4). Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predilección por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de sus mas gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia había reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viaje hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir, con los enemigos de Cristo. Otorgósele García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsun el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un jóven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y después de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono (5).

Habia ido entre tanto creciendo en Córdoba el jóven Abderrahman, el hijo de Mahommed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walis y vazires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevia Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenia por no dar celos á su propio hijo Almudhaffar. Con razon se había captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabia de memoria el Koran y recitaba todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenia doce cumplidos, y ya manejaba un corcel con gracia y soltura, tiraba el arco, blandía la lanza, y hablaba de estrategias de guerra como un capitán consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que habia de ser el mas ilustre entre los ilustres Omniadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, mas aun que la edad, tenían á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; ibale consumiéndose una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus dias, congregó á los walis y vazires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahman ben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, incluso su tío Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergación, se constituyó en protector generoso y servidor leal de su sobrino. Cumplióse el plazo de los dias de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie, primera del año 300 de la hégira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazón fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno; si bien la exasperación de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo habilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enajenarse á los fervientes y fanáticos musulmes.

(3) Sampir. Chron. n. 15.—Roder. Tolet. De Reb. Hisp. l. IV.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(4) Consta así de una donación hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

(5) Seguimos en esto la crónica del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 913, puede verse á Risco, Esp. Sagr. tom. 37, pág. 223.

¿Y qué habia sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos Estados que se estaban formando á uno y otro extremo de la cadena del Pirineo?

Después de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el conde de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra, García Garcés (*García Garseanus*), con cuya hija habia casado Alfonso III de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafsun en la parte del Ebro superior á que se extendian sus dominios. Mientras este formidable rival de los Omniadas habia sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra habia hecho una guerra viva á los musulmanes del Nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragón. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercía un mando independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, si no por primera vez, por lo menos mas abiertamente que ninguno de sus predecesores (1). Es lo cierto que desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra á adquirir extension, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir crecien-

(1) *In era DCCCXCIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pamplona Rex nomine Sancio Garseanis*. Hasta ahora ninguna crónica que sepamos habia hecho mencion tan expresa del título de rey con aplicación á los gobernadores pamploneses.—No es posible que haya un punto histórico en que mas disientan los autores que el origen y principio del reino de Navarra. No extrañamos que al llegar á este período digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirenaico está cubierto de oscuridad y de tinieblas.»—«Nada se presenta en los anales de nuestra nacion mas oscuro y enmarañado que el origen del reino de Navarra, y no solo ha contribuido á esta confusion la falta de documentos históricos, sino muy especialmente la rivalidad de los escritores aragoneses y navarros: he estudiado detenidamente las relaciones de los mismos, y no he podido sacar otra cosa que confusion y contrariedad en las ideas.» (Tapia y Moron, en sus *Historias de la Civilizacion de España*.) Así, poco mas ó menos, se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 189 años. Tambien nosotros, como el escritor citado, hemos intentado penetrar en este laberinto, y procurado examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que mas de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondejar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por mas autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita solo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino tambien en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

SEGUN GARIVAY

García I Jimenez.
García II Iñiguez.
Fortuño I Garcés.
Sancho I Garcés.
Jimeno I Iñiguez.
Iñigo I Jimenez, *Arista*.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés, etc.

SEGUN MORET

García I Jimenez.
Iñigo I Garcés, *Arista*.
Fortuño I Garcés.
Jimeno Iñiguez.
Iñigo II Jimenez.
García II Jimenez.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés, etc.

SEGUN TRAGGIA

Iñigo I *Arista*.
García I Iñiguez.
Fortuño I Garcés.
Sancho I Garcés.
García II Jimenez.
Iñigo II Garcés.
García III Iñiguez.
Fortuño II Garcés.
Sancho II Garcés.
Jimeno II Garcés, etc.

SEGUN MASDEU

García Sanchez Iñiguez, I.
Sancho Garcés, *Abarca*, II.
García Sanchez, el *Temblon*, III, etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertación aun mas difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudición que el autor ha vertido en ella, no ha podido satisfacerlos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el Continuator del Biclarense que escribía en 724, en el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastian de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba, que hizo un viaje á Navarra á mediados del siglo IX, en los biógrafos de Carlo-Magno y Luis el Pio, en las historias francesas y en las arábicas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes mas auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Porque á la verdad (dice), ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen Sanchos, Iñigos ó Aznares? ¿Qué significan esas eternas disputas queriendo atribuirse cada uno la gloriosa casualidad de haber dado reyes á un país que jamás quiso ser dominado sino de sí mismo? ¿No tiene tambien algo de puerilidad la disputa entre aragoneses y navarros, sobre si el primer rey fué proclamado en Sobrarbe ó en Amescoa? ¿Acaso entonces las montañas de Jaca y de Navarra dejaban de ser una misma nacion? No habia aragoneses ni navarros; todos eran vascones, todos participaban igualmente de las virtudes y de los vicios de los montañeses y de sus glorias, y los moros no les daban otro dictado que el de *cristianos de los montes de Afranc*.» (Prólogo á la Historia del reino de Navarra: 1832.)